

Abuela Anatolia Sullca Quinto – Ccoyoccocha, Huancavelica, Perú

Por Liz Katherine Quispe Cárdenas

Actualmente tanto mi abuela materna como mi abuela paterna no están vivas, fallecieron hace años. Sólo pude conocer a mi abuela materna, sin embargo, tengo más historias personales bajo la memoria de mi abuela paterna Anatolia. Ella falleció cuando mi papá tenía 13 años en la ciudad de Huancavelica, dejando a 6 hijos, el último falleció poco tiempo después de la muerte de ella, era un recién nacido.

Desde que nací en la ciudad de Huancayo, mi papá no regresó a Huancavelica, pero mientras crecía me fue contando historias de su infancia en Huancavelica. Él no sabía cómo conectar con mi lado femenino, mi mamá siempre paraba ocupada, y como instinto me contaba sobre mi abuela para que yo conecte con su lado femenino desde su memoria. Mi abuela fue madre a los 15 años, se casó con mi abuelo de 30 años, ella aprendió a ser mujer y amar bajo su contexto. A pesar de haberse casado por un acuerdo, como tradición en su pueblo, cuidó a mi abuelo, mi papá y mis tíos con toda una intensidad y fuerza. Ella aprendió desde cero por ellos, a cocinar en ollas de barro con leña, hacer juguetes de barro, hilar, tejer y a sanar. Ellos vivieron en una estancia, lugar de pastoreo en las montañas más altas lejos de la ciudad, ella se encargaba de gestionar todo dentro de la vivienda y el cuidado de los hijos menores, mientras que mi papá, el hijo mayor, y mi abuelo iban a pastar las ovejas o a llevar su producción para hacer trueque en los pueblos vecinos. Mi abuela creaba un castillo imaginario para todos en casa, todos estaban seguros en tanto ella estaba, ella fue partera para las mujeres de las estancias de alrededores, y fue curandera, incluso en dos ocasiones salvó a mi abuelo de la muerte al ser corneado por toros, ella misma lo limpió, lo cosió y lo trató hasta su recuperación. Ella les hacía soñar e inspirar a todos, todos se sentían especiales y capaces de todo. Al fallecer, luego de dar a luz a su sexto hijo con una partera, ese castillo imaginario se derrumbó. Mi tía, con 14 años, tuvo que cuidar al recién nacido que a las semanas falleció, y tuvo que lidiar con una culpa y dos lutos al mismo momento, desde ese momento tuvo que hacerse cargo de la casa como mamá. Mis otros tíos, menores que ella y mi papá, no pararon de llorar por semanas, luego volvieron a su “rutina”. Mi abuelo, empezó con una depresión y un alcoholismo que lo acompañó hasta que sus últimos días, falleció cuando mi papá tenía 34 años. Mientras que, mi papá no se dio permiso para llorar, toda la familia estaba devastada, alguien tenía que encargarse del funeral, el entierro, el sustento del hogar y lo que vendría después, él fue el único de los hijos con una profesión, trató de ayudar a sus hermanos para que también estudiaran, pero también tuvo que respetar la decisión de ellos de no querer hacerlo. Es por ello, que desde que nací, como figura femenina en el hogar, él sintió que regresaba ese pilar de la casa, es por ello que él de cariño me dice madre. No obstante, sé que no soy esa mujer que se desvive por una familia como mi abuela Anatolia, pero me gusta cuidarme, en consecuencia verificar que los otros se estén cuidando, aprendí a vincularme con el tejido y la arcilla, y sobre todo a curar con la naturaleza.